

cipales (y probablemente de los estados) y se volvió a aplicar el paquete fiscal de 1842, concentrado en las contribuciones directas. ¿Acaso se había encontrado la respuesta del reformador fiscal? En cierto sentido la solución es afirmativa, pero el uso de la fuerza y la arbitrariedad en cuestiones fiscales es demasiado peligroso. El estudio de María José Rhi Sausi va por la línea de mostrar cómo se moderaron las exigencias fiscales aplicadas durante el imperio de Maximiliano. Esta "moderación" al parecer trajo consigo que el contribuyente aprovechara para no pagar sus impuestos: ya apelando la exención total o parcial, ya corrompiendo al recaudador. En cualquier caso, la flexibilización de la postura gubernamental trajo una disminución de los montos de recaudación. Con ello, volvemos a la pregunta inicial y podríamos concluir que, al menos hasta 1870, la única manera de sacar dinero de la población, en condiciones de estancamiento económico, era a través de la fuerza o de la negociación. La primera solución sólo podía aplicarse en el corto plazo y llevaba en sí la semilla de su fracaso; la segunda tendría que esperar a que el Estado adquiriera un mayor poder relativo de negociación.

Luis Jáuregui  
INSTITUTO MORA

John Lear, *Workers, Neighbors, and Citizens. The Revolution in Mexico City*, University of Nebraska Press, Lincoln and London, 2001.

La revolución mexicana ha generado una vasta bibliografía, enriquecida en los últimos años con una muy abundante pro-

ducción de estudios regionales que ha permitido análisis más precisos y miradas más profundas. Eminentemente campesina, la revolución relegó los estudios en torno al papel de la población urbana y de la vida en la capital del país, salvo por los episodios en que los caudillos y sus grandes ejércitos populares se apersonaron en sus plazas y calles.

El libro de John Lear, *Workers, Neighbors and Citizens. The Revolution in Mexico City*, contribuye a llenar ese vacío, aproximándose a los orígenes, desarrollo e impacto de la movilización de los pobres y de las clases trabajadoras de la ciudad de México desde la víspera de la revolución de 1910 hasta la consolidación del proceso revolucionario al comenzar la década de los veinte.

Lear parte de una paradoja: durante una de las más importantes movilizaciones sociales del siglo XX, los trabajadores urbanos tuvieron una limitada participación militar y, sin embargo, emergieron de la revolución con una considerable combatividad y una nueva significación en la estructura del poder. Para explicar esta paradoja el autor explora tres procesos paralelos: la industrialización y urbanización que transformó el trabajo y la conformación social de la ciudad de México contribuyendo a minar la legitimidad del orden anterior a la revolución; las transformaciones culturales y la acción colectiva vividas por los trabajadores antes y durante la revolución y el desarrollo de nuevas relaciones entre los trabajadores urbanos y el Estado mexicano, a partir de la caída del viejo régimen y durante la consolidación del orden posrevolucionario.

El libro propone que aunque las acciones de los sectores urbanos no pueden

compararse con la insurrección campesina ocurrida durante la revolución, ésta transformó a los trabajadores ensanchando su papel en las políticas locales y nacionales. La preeminencia del mundo del trabajo tras la revolución no fue resultado de una imposición populista de los caudillos, dice Lear, sino producto de un ciclo continuado de movilización urbana autónoma que inició años antes.

Ubicándose dentro de la “nueva historia social”, John Lear busca explorar las movilizaciones populares ocurridas en calles, mercados y plazas, tanto como aquellas que tuvieron por escenario los centros de trabajo, y explicar cómo, a través de acciones colectivas, las clases trabajadoras afianzaron su presencia pública y exigieron cambios políticos y mejoras laborales.

El autor divide su libro en tres partes. En la primera analiza el crecimiento urbano en las postrimerías del porfiriato procurando realizar una “geografía social” de la capital a partir del estudio de la inversión extranjera y su papel en la industrialización, así como un acercamiento al mundo del trabajo, a las pervivencias del mundo artesano frente a los obreros calificados, a las condiciones salariales y a la presencia de las mujeres en el mundo industrial.

La segunda parte aborda las políticas culturales y de movilización de los grupos trabajadores: los espacios de sociabilidad obrera —cantinas, pulquerías, cines, teatros populares, patios de vecindad—, la prensa satírica popular, así como los patrones de su actuación en términos laborales. Lear estudia la transformación de las organizaciones mutualistas en sindicatos, su participación en las elecciones de 1910 a favor del candidato opositor Francisco I. Madero y el debate, que nunca resolve-

ría del todo la clase obrera mexicana, entre la filiación anarquista y la participación política. Protagonista en este momento de la historia del movimiento obrero mexicano y de las luchas sociales de la capital mexicana, fue la Casa del Obrero Mundial, fundada en 1912 y cuyo análisis prácticamente acapara el resto del libro: su relación con el Departamento del Trabajo, los conflictos entre gremios por su liderazgo, su apuesta por la organización de los trabajadores de la capital y del país.

La tercera parte del libro se refiere a la incorporación de los trabajadores a la lucha armada, tras su muy polémica decisión de abandonar el apoliticismo y vincularse a la revolución constitucionalista. Lear reflexiona sobre las motivaciones del pacto de febrero de 1915 firmado por los miembros de la Casa del Obrero Mundial con los representantes de Venustiano Carranza, acerca de la formación de los Batallones Rojos integrados por obreros y describe la vida de la ciudad bajo los distintos grupos revolucionarios que la ocuparon entre 1914 y 1915. Finalmente Lear explica los conflictos de la Casa del Obrero Mundial con el constitucionalismo, cuyo momento más dramático fue el de las huelgas generales de 1916, de su represión y disolución, y de los posteriores intentos por crear una organización obrera independiente.

Lear concluye que la respuesta de los trabajadores de la ciudad de México a la revolución fue más en términos de organización que de insurrección y que la decisión de algunos trabajadores al tomar las armas en 1915 tuvo más que ver con el interés por establecer alianzas que con el de secundar rebeliones. Del mismo modo sostiene que las huelgas genera-

les de 1916 fueron más una manifestación del descontento de los trabajadores respecto del orden político y económico, que un intento de acabar con el capitalismo. Finalmente Lear sostiene que los patronos de movilización, acomodo y confrontación a través de los cuales los grupos obreros afirmaron su presencia como trabajadores, miembros de una comunidad y ciudadanos de una nación durante la década de 1910, definió muchas de las posibilidades y límites de la participación popular urbana en el México que siguió a la revolución.

Esta obra, algunos de cuyos avances se habían publicado ya en revistas de dentro y fuera de México<sup>1</sup> está construida a partir de una rica investigación documental. El resultado es, sin embargo, más una historia de la organización y consolidación de la clase obrera mexicana que de la ciudad de México durante la revolución mexicana. Los ciudadanos y vecinos que nos promete Lear en el título del libro son casi exclusivamente trabajadores urbanos movilizados al calor de la lucha armada o participando en motines que no siempre tuvieron cariz revolucionario. El resto de los personajes del espectro urbano

<sup>1</sup> Se trata de "Mexico City: Space and Class in the Porfirian Capital (1884-1910)", *Journal of Urban History*, vol. 22, núm. 4, 1966, pp. 454-492; "La XXVI Legislatura y los trabajadores de la ciudad de México (1912-1913)", *Secuencia*, núm. 40, enero-abril, 1998; y "Del mutualismo a la resistencia: las organizaciones laborales en la ciudad de México desde fines del porfiriato a la revolución" en Carlos Illades y Ariel Rodríguez Kuri (coords.), *Ciudad de México: Instituciones, actores sociales y conflicto político, 1774-1931*, Universidad Autónoma Metropolitana/El Colegio de Michoacán, México, 1997.

aparecen solamente a partir de sus contactos con dichos trabajadores pero nunca como ejes narrativos y explicativos con carácter propio. A pesar de esto último, *Workers, neighbors and citizens* es una aportación innovadora y original tanto para la historiografía de la revolución como para la del movimiento obrero mexicano.

Anna Ribera Carbó  
DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS  
INAH

Laura Solares Robles, *Bandidos somos y en el camino andamos. Bandidaje, caminos y administración de justicia en el siglo XIX. 1821-1855*, Instituto Michoacano de Cultura/ Instituto Mora, Morelia, 1999.

El bandolerismo en el México decimonónico es uno de estos fenómenos que ha estado en la pauta de la historiografía mexicana desde hace algún tiempo. De los primeros estudios, que se escribieron prácticamente al calor de los acontecimientos, se cuenta hoy en día con obras bastante sofisticadas, basadas en abundante información documental y refinado análisis teórico. La magnitud del problema y su persistencia, hasta mucho tiempo después de terminadas las guerras de independencia pueden explicar algunos de los motivos de la atracción de los estudiosos por el tema del bandolerismo. Por otra parte, la percepción romántica del "bandolero social" todavía forma parte del imaginario mexicano y extranjero, y se encuentra en el orden del día en ciertos libros sobre la revolución de 1910. Friedrich Katz se encargó de ello en su último trabajo sobre Francisco Villa y antes de él, Paul Van-